

La homilía del padre Danny

8-4-18

18º domingo en tiempo ordinario

Hoy es nuestra primera oportunidad para celebrar la misa aquí en St Robert Bellarmine en español. Entonces, usted se estará preguntando, ¿por qué papá habla en inglés? Vamos a probar algo nuevo aquí en la parroquia durante los primeros seis meses para ver cómo va a funcionar esto. Hemos visto en muchas iglesias católicas en los Estados Unidos y aquí en Oklahoma, que cuando comenzamos una misa en español, obtenemos una división en dos comunidades: las que hablan inglés y las que hablan español. No queremos esa división aquí, queremos recordar que somos una comunidad de fe unida alrededor de la Eucaristía que estamos aquí para celebrar. Y entonces, al permitir que nuestras Misas estén en diferentes idiomas, pero la homilía para unirnos, lo estamos probando para ver cómo funciona eso.

Además, he llegado a comprender que a pesar de que el idioma de oración para muchos de nuestra población inmigrante aquí de México y otros países de América Latina es el español, la gran mayoría de todos aquí esta noche puede entender al menos un poco de inglés. ¿Más o menos? Estoy recibiendo un par de asentimientos, bien. Pero también, vamos a grabar las homilías y tener una traducción en español e inglés en nuestro sitio web el miércoles de la próxima semana. Entonces, si por alguna razón no entiende una palabra de lo que estoy diciendo ahora, puede leerla en el sitio web durante la próxima semana.

En las lecturas de hoy escuchamos mucho sobre el pan que viene del cielo. En la primera lectura escuchamos del libro de Éxodo que el pueblo de Israel estaba enojado con Dios. Finalmente habían sido liberados de la esclavitud, pero luego habían sido llevados a este desierto donde estaban vagando. Donde no tienen comida, nada para beber. Y comienzan a refunfuñar a Dios y dicen, Dios, por qué es que nos liberarías de la esclavitud donde al menos nos alimentaban todos los días y teníamos techos sobre nuestras cabezas, para llevarnos a este desierto donde no tenemos nada que comer, nada para beber, ¿sin esperanza y sin refugio? Y entonces Moisés le trae esas preocupaciones a Dios y le dice: Señor, están gruñendo de nuevo. No consiguieron exactamente lo que querían, de

nuevo, ¿pueden ayudarlos? Y el Señor dice ¡Sí! Por las mañanas, haré llover maná del cielo, el alimento de los ángeles, para alimentar al pueblo de Israel. Y por la noche vendrán aves del aire, vendrán palomas. Para que puedan comer carne por la noche, y por las mañanas pueden tener el rocío del suelo, ese maná, ese pan del cielo, para comer y para saciarse.

Luego tenemos el Evangelio de hoy, el comienzo del capítulo 6 del Evangelio de Juan, que escucharemos en las próximas 4-5 semanas, donde Jesús discute con los fariseos, donde dice: Yo soy el pan vivo que vino del cielo. Cuando los israelitas vagabundearon por el desierto, recibieron comida, se alimentaron y se alimentaron, pero luego volvieron a tener hambre. No se les dio lo que necesitaban para la vida eterna. Pero Jesús promete que Él es el verdadero pan que descendió del cielo, que Él es el pan que puede llevarnos a la vida eterna. Que Él es ese alimento que nada en la tierra puede satisfacer excepto por Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Lo mismo que venimos aquí cada semana, semana tras semana, para celebrar reunidos como una comunidad de fe: a veces refunfuñando como lo hicieron los israelitas, que nuestras vidas no van tan bien como queríamos. Y entonces traemos nuestras preocupaciones a la iglesia. Nos amamos cuando nos unimos como una comunidad de fe. Pero luego dejamos nuestras peticiones al pie del altar.

En este altar de sacrificio, Jesús, cada vez que venimos aquí, nos trae de vuelta a ese momento en que nos miró, nos vio desde la Cruz, y dijo: Tú eres mi amado hijo e hija; por ti, llevo esto. precio. Mi carne es la vida del mundo. No hay nada más amoroso que hacer, como Jesús nos dice, que dar tu vida por tus amigos. Eso es lo que estamos aquí para celebrar. La vida de Aquel que descendió del cielo para ti y para mí por la potencialidad, por la posibilidad de que vayamos al cielo. Eso es lo que estamos aquí para celebrar.

Pero vivimos en un mundo de hoy que tiene violencia en todas partes. Amamos en un mundo de hoy que no quiere que amemos. Vivimos en un mundo hoy que nos llama una nación cristiana y México una nación católica. Pero México hoy, (lo sé porque acabo de regresar de allí), es tan católico como Jerusalén es

judía. Algunas veces solo de nombre porque las iglesias están tan vacías hoy en México, como las sinagogas en Jerusalén.

¡Hemos perdido nuestra fe, nuestros hermanos y hermanas! Hemos olvidado la promesa que Jesús nos dio de que nos dejaría el Espíritu Santo como la guía que necesitamos cuando lleguemos a las difíciles realidades de la vida. Para ofrecernos esperanza En este momento en nuestro mundo no vemos esperanza, no vemos misericordia. Vemos violencia, vemos peligro, vemos muerte, vemos destrucción. Eso no significa que el Señor nos haya abandonado a nosotros, mis hermanos y hermanas. Significa, sin embargo, que hemos elegido no ser Sus manos y Sus pies.

Porque cuando Dios nos creó, Él nos creó de Su amor para nutrirse unos a otros, para alimentarse unos a otros, para vestirse unos a otros para dar de lo que se nos ha dado, unos a otros. No solo las cosas materiales que nos han dado, sino también el amor que Dios tiene para todos y cada uno de nosotros. Que por encima de todo es lo que nos está llamando a compartir.

Entonces, al reunirnos alrededor de esta mesa, al unirnos como una comunidad de fe, podemos ser inspirados por el amor de Dios. Que seamos testigos de todas las grandes cosas que Él puede hacer en nuestro mundo. Y que aprovechemos la oportunidad que nos da a todos y cada uno de nosotros hoy para ayudar a nuestro prójimo, alimentar a nuestro prójimo y amar a nuestro enemigo y a todos los que Dios ha creado a su imagen y semejanza.